

Carabalí

Corría la tercera década del siglo XIX. Una noche, luego de la diaria faena, los esclavos se habían retirado a sus barracones. Más allá de las antorchas, el **novilunio** esparcía la más absoluta oscuridad.

Carabalí había vuelto a escaparse. Era la tercera vez que el **indómito** esclavo se evadía del ingenio. Al igual que en las dos ocasiones anteriores, había desarmado el **cepo** que lo sometía y se había arrastrado por todo el llano de la central, hasta adentrarse en el bosque.

Oculto tras la densa vegetación, se detuvo a recuperar el aliento. Debido a la cerrada oscuridad de la noche, apenas pudo divisar la chimenea del ingenio. Empuñando el machete, esgrimió un gesto de amenaza y murmuró: «Esta vez no me cogen...».

A pesar de que apenas podía ver dónde pisaba, Carabalí esquivó espinos y **sumideros**, hasta llegar a su destino. Esto es, a la cueva que le había servido de refugio en las dos ocasiones en las que se había escapado de la central. Antes de internarse en su guarida, el fugitivo echó un último vistazo a su alrededor para **cerciorarse** de que nadie lo hubiera seguido. Entonces se inclinó y, andando a gatas, se deslizó por la angosta entrada.

Carabalí aspiró el cavernoso aire y se sintió seguro, como si estuviera en su casa. En cuanto sus pupilas se acostumbraron a la oscuridad de la cueva, se dirigió al lugar donde había guardado algunos trozos de leña seca y los frotó para hacer un fuego. Encendida la lumbre, el esclavo miró a su alrededor. Iluminadas por las tenues llamas, vio las higüeras vacías con las que recogía el agua que se filtraba por las paredes de la cueva, y la paja seca que le servía de colchón.

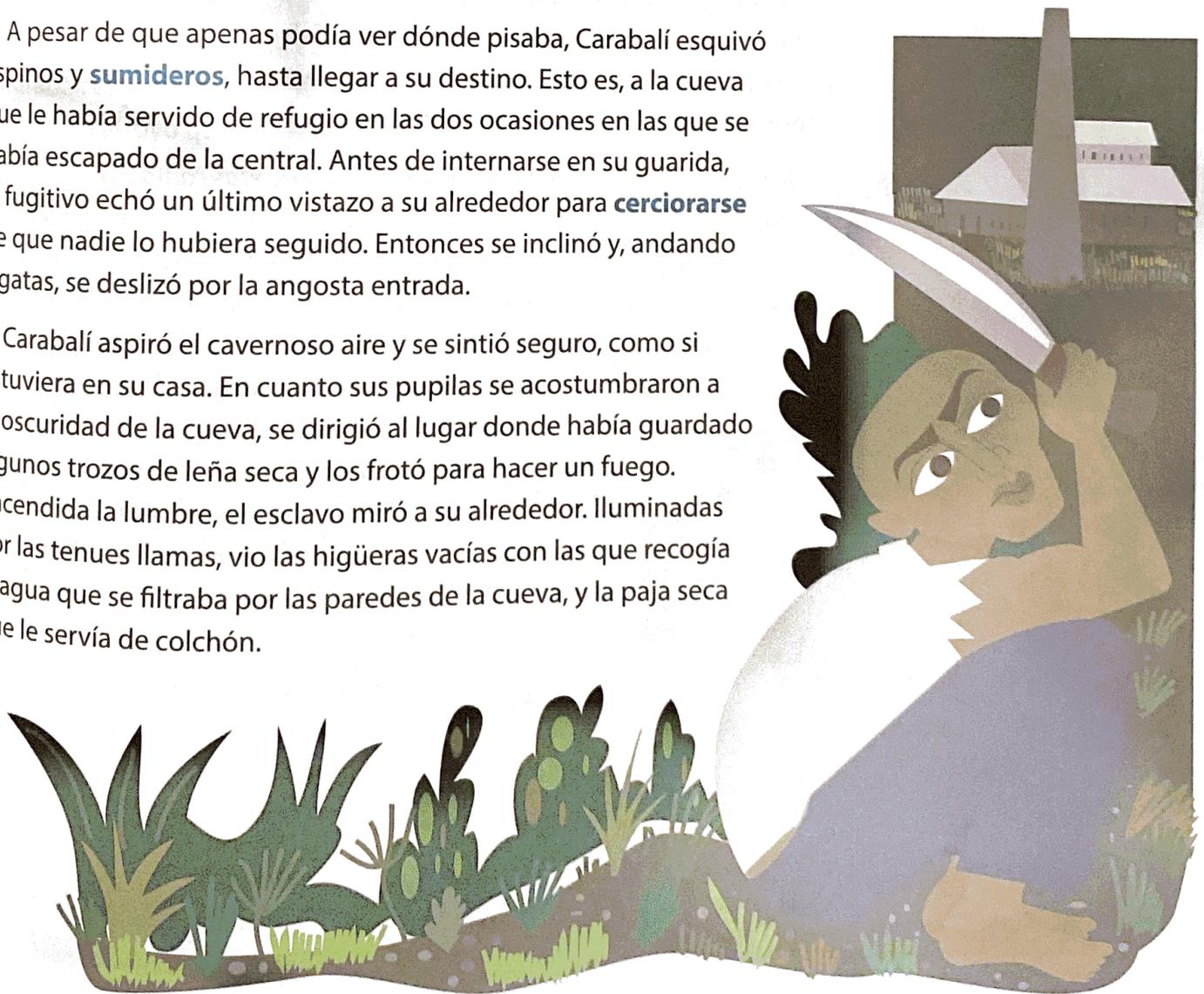
novilunio: luna nueva, fase en la que no se ve la luna.

indómito: difícil de sujetar o de controlar.

cepo: instrumento que apresaba a un reo por la garganta o por la pierna.

sumideros: agujeros profundos por donde se sumen las aguas.

cerciorarse: asegurarse de algo.



estalactitas: formación de roca que cuelga del techo de una cueva.

vedar: impedir o dificultar.

insondable: muy profundo.

sima: cavidad grande y profunda en la tierra.

buleador: tambor de bomba que marca el ritmo.

subidor: tambor de bomba que repica, y establece un diálogo con el bailador.

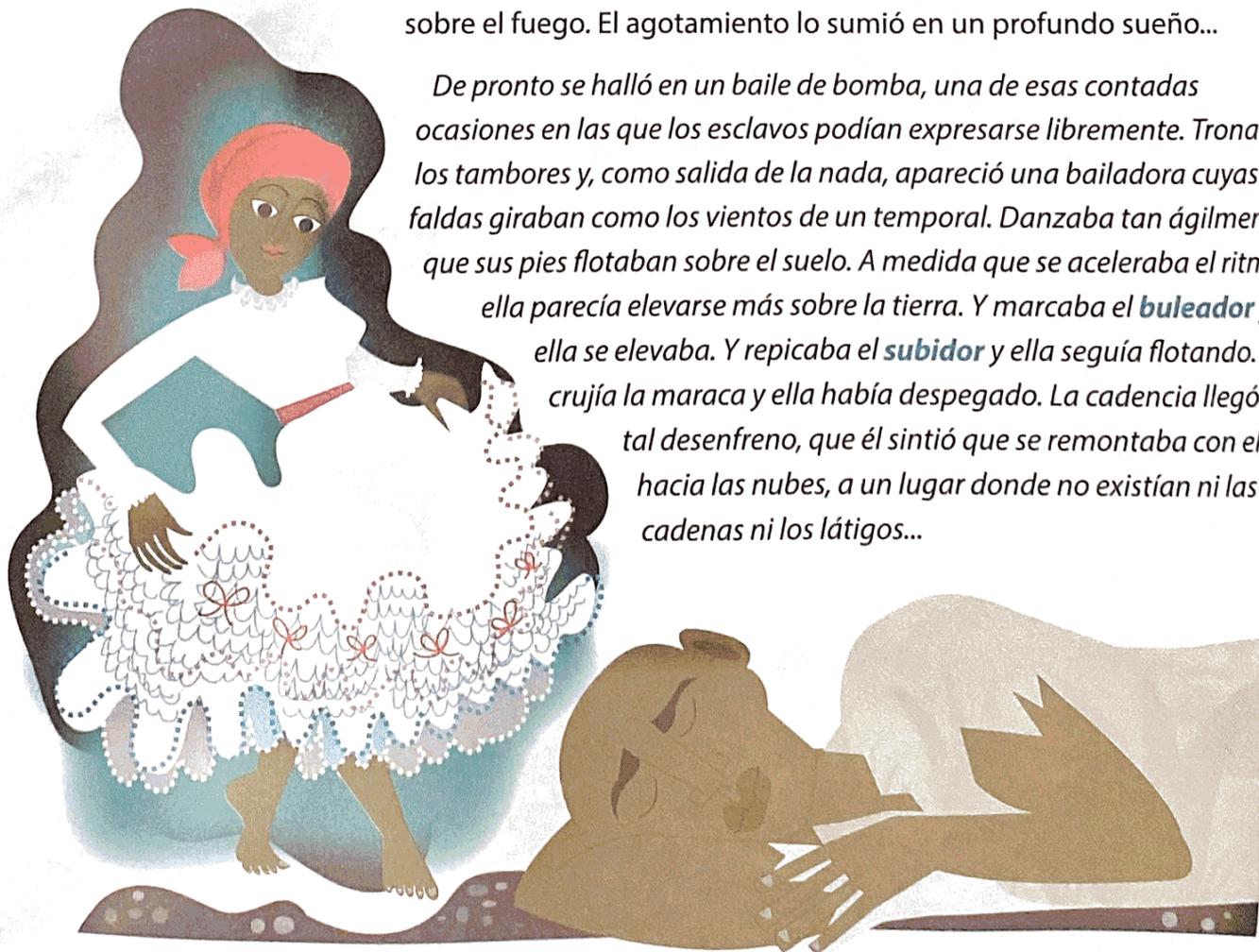
Tras aplacar la sed con el paciente llanto de las **estalactitas** y saciar el hambre con las frutas que había hallado en el bosque, Carabalí se dispuso a clausurar la entrada de la cueva. Con su confiable machete, cortó varias ramas para armar la barricada que les **vedaría** la entrada a sus perseguidores, puesto que él sabía que, al rayar el alba, el capataz del ingenio vendría a buscarlo con sus perros rastreadores.

Antes de acostarse, agarró una piedra arenisca y se puso a afilar el arma desde la punta hasta el cabo. El molesto chirrido de la roca contra el metal provocó el aleteo de unos murciélagos...

—Esta vez no bajo a la llanura por nada del mundo. Si quieren atrapar me, aquí me encontrarán.

Concluida su tarea, acomodó el machete a su lado. Entonces, como para volver a provocar a los murciélagos, arrojó la piedra amoladera hacia el fondo de la cueva. Al no escuchar el ruido de la roca contra la pared, Carabalí se acordó de la extensa cortadura en el suelo que daba nacimiento a un **insondable** abismo. Se trataba de un precipicio a cuyo fondo no llegaba la luz, y que siempre le había provocado miedo. Por eso nunca se acercaba a la misteriosa **sima**. Calculando que apenas le quedaban un par de horas para descansar, vertió un poco de agua sobre el fuego. El agotamiento lo sumió en un profundo sueño...

*De pronto se halló en un baile de bomba, una de esas contadas ocasiones en las que los esclavos podían expresarse libremente. Tronaron los tambores y, como salida de la nada, apareció una bailadora cuyas faldas giraban como los vientos de un temporal. Danzaba tan ágilmente, que sus pies flotaban sobre el suelo. A medida que se aceleraba el ritmo, ella parecía elevarse más sobre la tierra. Y marcaba el **buleador** y ella se elevaba. Y repicaba el **subidor** y ella seguía flotando. Y crujía la maraca y ella había despegado. La cadencia llegó a tal desenfreno, que él sintió que se remontaba con ella hacia las nubes, a un lugar donde no existían ni las cadenas ni los látigos...*



Carabalí abrió los ojos súbitamente. En la penumbra de la cueva no vio rastro de la bailadora, pero le pareció seguir oyendo los tambores de su sueño. El oído, que aún tenía apoyado sobre el suelo, le aclaró su confusión: aquellos rítmicos golpes no eran los de los tocadores de bomba, sino los pasos de sus perseguidores.

Tan pronto agarró su arma, escuchó el primer ladrido. Su barricada aguantó los embates iniciales de los perros, hasta que uno logró colar una pata y el hocico. De un certero machetazo, despachó al animal.

Así pudo deshacerse de dos o tres canes, hasta que la barricada cedió al ímpetu de la jauría. De pronto, Carabalí se vio rodeado por media docena de **fauces** que lo atacaban por todas partes, de modo que no tuvo más remedio que retroceder hacia el fondo de la cueva. Sus pies dejaron de sentir el suelo y el hombre se despeñó por el abismo.

Los perros permanecieron ladrando al borde del precipicio, frustrados por no haber despedazado al prófugo. Cuando por fin llegaron los hombres de la central, se lamentaron de no haber capturado al cimarrón, al cual dieron por muerto. Sin embargo, Carabalí estaba con vida. Resulta que, en el fondo de aquel precipicio, corría un arroyo que había mitigado su caída. De modo que en cuanto recuperó el sentido el esclavo se incorporó, y fue libre por primera vez en su vida.

Liberado de la persecución de sus amos, Carabalí no tardó en reclutar a un grupo de esclavos desertores y sembrar el terror en toda la comarca. Así se originó la creencia de que el espíritu del cimarrón andaba suelto cada vez que ocurría una desgracia en la central azucarera...

Con el pasar de los años, una tropa del Gobierno entró a la cueva que, según la creencia popular, servía de guarida al espíritu del esclavo y de sus secuaces. Pero lo único que revelaron sus linternas fue unas cuantas calaveras que brillaban como finados diamantes.

Desde aquel entonces, los vecinos de Utuado y de Arecibo se han referido a la misteriosa gruta por un nombre que aún les causa escalofríos: *la Cueva de los Muertos*.

fauces: parte posterior de la boca de los mamíferos.

El autor nos cuenta: "Cuando estaba en quinto grado, tomé prestado un bongó. En noveno, el viejo me regaló una conga. En la superior, compré unos timbales. Tuve, pobres de mis vecinos, una sonora juventud".



Leyenda puertorriqueña
versión de **C. J. García**